

---

## *Vicenç Riera Llorca o el valor de la memoria*

Josep Ferrer Costa  
Joan Pujadas Marquès

Hace dos años se celebró el centenario del nacimiento del escritor y periodista catalán Vicenç Riera Llorca (Barcelona, 1903-Pineda de Mar, 1991). La efeméride pasó sin hacer mucho ruido. Este artículo quiere refrescar la memoria acerca de la vida y la obra de Riera Llorca, escritor que, precisamente, quiso, en el ciclo narrativo que construyó, “hacer memoria”, dejar testimonio de su paso por la vida y por la época histórica que le tocó vivir. Y lo hizo no como un simple recurso narrativo, sino con una indisimulada voluntad y afán de recuperación de la memoria histórica, de saber de dónde venimos para ser capaces, con más tino, de saber hacia dónde vamos.

El escritor y periodista Vicenç Riera Llorca nació el 5 de abril de 1903 en el barrio barcelonés del Poblesec. Pese a este origen barcelonés, tanto la familia paterna como materna procedían de la Marina de Alicante, hecho que explicaría la especial sensibilidad que Riera Llorca siempre tuvo hacia el País Valenciano. De familia modesta, a los trece años se ve obligado a abandonar los estudios por falta de recursos económicos y entra a trabajar de dependiente de escritorio, de lo que hoy llamaríamos administrativo, e inicia paralelamente su proceso de autoformación. Trabaja y, en la medida de sus posibilidades, tanto económicas como de tiempo, estudia.

Los "felices" años veinte serán para Riera Llorca el momento de la eclosión. Empieza a enviar colaboraciones sin remuneración a diversos semanarios, como *L'Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gràcia*, y empieza a relacionarse con las redacciones de estas publicaciones. Hacia 1928 entra en contacto con las actividades del Ateneu Polytechnicum que era, de hecho, la tapadera del partido Unió Socialista de Catalunya (usc), de Rafael Campalans y Manuel Serra Moret, en el cual Riera Llorca acabó militando.

Con el advenimiento de la República, después de la caída del dictador Primo de Rivera y del posterior exilio del rey Borbón Alfonso XIII, que lo había respaldado, la vida política del país vuelve a renacer. Es en este momento, después de las elecciones municipales democráticas de 1932, cuando la situación de Riera Llorca cambia radicalmente. Amadeu Bernadó le ofrece trabajo de redactor en el diario *L'Opinió*, que dirigía el periodista Joaquim Ventalló. Allí entró en relación con el periodista Josep M. Lladó, con el crítico teatral Andreu A. Artís, con el escritor C. A. Jordana, entre otros. Después de la suspensión de *L'Opinió*, a causa de los hechos del 6 de octubre de 1934, Riera Llorca entra a colaborar en el semanario *La Rambla*, que en 1936 se convirtió en diario. El ingreso en esta publicación, dirigida por J. Ventalló, fue al mismo tiempo que el de Avel·lí Artís-Gener. Riera Llorca se ocupó de las secciones de comarcas y de las cuestiones sociales.

Durante el verano, el fatídico 18 de julio de 1936, las guarniciones militares de Marruecos se rebelan. Dirige la sublevación militar el general Franco, por aquel entonces capitán general de Canarias. Lo que en principio sólo parecía un simple y breve *pronunciamiento*, a los cuales la historia de España ya estaba acostumbrada, acabó siendo una larga guerra civil que algunos exiliados, como Riera Llorca, bautizaron con el nombre de "guerra de los Tres Años".

A principios de 1937, Josep Calvet, presidente de la Unió de Rabassaires y *conseller* de Agricultura del

gobierno de Cataluña, nombra a Riera Llorca secretario. En noviembre de 1937, sin embargo, era jefe del Servicio de Publicaciones de la Conselleria de Agricultura, un trabajo más técnico que el de secretario del consejero, de un alto contenido político. Ahora bien, las circunstancias bélicas que padecía el país dificultaban la realización del trabajo encomendado. Por eso, Riera Llorca abandona la tranquilidad de un trabajo técnico en la retaguardia y se incorpora como voluntario en el ejército republicano. Así, en junio de 1938 es llamado al estado mayor del XVIII cuerpo del ejército, ubicado en Santa María de Montmagastrell, en el Urgel, donde realizó trabajos burocráticos y de enlace con los estados mayores de las divisiones y de las unidades inferiores.

A mediados de noviembre perdemos la batalla del Ebro, que duró 116 días y costó –¡Dios mío!– 40 000 muertos. Después, imparablemente, van cayendo los otros frentes. La desbandada fue general. Riera Llorca se retira con un grupo de soldados dispersos y el 8 de febrero cruza la frontera por el puerto de Bassegoda como soldado de la República y llega a Sant Llorenç de Cerdans (Cataluña francesa). Poco después es internado en el campo de concentración situado entre Arles y los Banyes d'Arles –Amélie-les-Bains, según los franceses. Se escapa y es de nuevo hecho prisionero e internado en el campo del Voló. Vuelve a huir y contacta con el amigo Josep Santaló, cónsul en Portvendres. Pasa unas semanas en Portvendres y parte hacia París a pesar de la prohibición de hacerlo sin autorización especial.

Ya por aquel entonces Riera Llorca tenía muy claro que su destino era América. Su estancia en la capital francesa es precaria y subsiste gracias a la solidaridad de organismos internacionales y de amigos diversos. Mientras tanto hace gestiones para conseguir un visado que le permita ir a México. En septiembre estalla la guerra –la segunda, y que fue mundial– y es expulsado de París por las autoridades francesas. Marcha a vendimiar a Narbona y, terminada la temporada, parte

hacia Burdeos para embarcarse en dirección a la República Dominicana. Finalmente, después de una espera en esta ciudad aquitana que se prolongará todo el mes de noviembre, embarca en el vapor *De la Salle*, que zarpó en dirección a Santo Domingo –entonces llamada Ciudad Trujillo–, donde llegó el 19 de diciembre con unos setecientos refugiados más a bordo.

Entre noviembre de 1939 y mayo de 1940 unos 4 000 refugiados del Estado español y que habían vivido la Guerra Civil llegaron a la República Dominicana en distintas expediciones. De este total, se calcula que entre unos ochocientos y novecientos eran catalanes. Riera Llorca, pues, desembarca en la República Dominicana a mediados de diciembre de 1939 con, para hacer frente a su manutención por un plazo de unos dos meses, un pequeño peculio facilitado por el SERE –Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles, organismo con sede en París creado por el gobierno republicano en el exilio para subvenir, en la medida de sus posibilidades, a la masa de refugiados españoles en territorio francés, que se cuantifica en 430 000. La subsistencia en la isla para la mayoría de refugiados no fue fácil y Riera Llorca se vio forzado, incluso, a hacer de pregonero por las ferias y mercados criollos de la capital.

Por fortuna, dos meses después de estar en la isla se inauguró un nuevo diario, *La Nación*, que le publicó y remuneró bien artículos y narraciones. Ésta fue una salida provisional. Finalmente, y gracias a sus conocimientos de inglés, entró a trabajar como camarero en un restaurante de lujo acabado de inaugurar. Este trabajo le permitió tener unos ingresos estables durante el resto de su estancia en la República Dominicana, es decir, hasta el 4 de febrero de 1942 cuando, gracias a las gestiones del doctor Jaume Roig, pudo embarcar a bordo del *Presidente Trujillo*, barco fletado por otro organismo de socorro a los exiliados republicanos –la JARE–, que zarpó del puerto de Ciudad Trujillo, en la desembocadura del río Ozama, en dirección a México. En el mismo vapor también

viajaban el matrimonio del escritor Joan Sales y Núria Folch, entre otros. Inspirada en su estancia en la Dominicana ha quedado su obra maestra, *Tots tres surten per l'Ozama*, que se publicó por primera vez en México el año 1946.<sup>1</sup>

Los primeros trabajos que Riera Llorca hizo en México fueron tareas editoriales subalternas. Su primer trabajo fijo fue el de corrector que le ofreció el padre de *Tísner*, el comediógrafo Avel·lí Artís, que regentaba una imprenta. Fue así como Riera Llorca entró a trabajar en los talleres de Artís. Compaginó este trabajo con el de traductor para el Comité de Propaganda Interaliado. En 1949 Riera Llorca consiguió hacer salir de Cataluña a su esposa, Emília Barrionuevo, y a su hija Diana. La separación familiar había durado diez años.

En 1952 entra a trabajar como traductor e intérprete para la oficina de prensa de la Embajada Británica, donde fue ascendiendo hasta ser nombrado jefe de la misma. Trabajó en ella durante diecisiete años, hasta su jubilación, es decir, el resto del tiempo que duró su exilio en México.

Riera Llorca compaginó las tareas laborales imprescindibles para asegurar su subsistencia y la de su familia con un amplio abanico de actividades políticas y culturales en el seno de la numerosa comunidad catalana de México, que realizó incansablemente. Así, fue secretario de redacción de *La Nostra Revista*, fundada por el patriota Avel·lí Artís Balaguer, desde sus inicios hasta principios de 1952, cuando una serie de desacuerdos sobre la orientación política de la revista desencadenó la salida de Riera Llorca de la dirección de esta prestigiosa publicación. Fue, además, en este cargo de secretario de redacción que Riera Llorca entró en contacto y fue el principal interlocutor de un por aquel entonces joven Joan Fuster. El resultado de esta relación, continuada en la revista *Pont Blau*, se plasmó en el imprescindible *Epistolari Joan Fuster-Vicenç Riera Llorca* (1993).

Poco después de la salida de la dirección de *La Nostra Revista* fundó con un grupo de amigos la revista

1. [Existe traducción al español de esta novela: *Los tres salen por el Ozama*. Trad. de Prócoro Hernández. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1989. En México existe la traducción de un fragmento de esta obra en *Una voz entre las otras*, op. cit., pp. 127-142.]

*Pont Blau* (1952-1963, 126 números) y la dirigió durante los once años en que apareció. Fue toda una demostración de constancia. En esta nueva aventura, Riera Llorca defendió una serie de principios, como la unidad de los Países Catalanes y la colaboración con los intelectuales del interior de la patria. Esta última premisa le reportó bastantes problemas y críticas entre algunos núcleos de catalanes exiliados. Riera Llorca, no obstante, vio claro desde el principio que trece años después del final de la Guerra Civil era imprescindible entrar en contacto con los núcleos de intelectuales catalanes del interior, porque no tenía sentido ninguna estrategia política hecha y organizada desde la diáspora que no contara con la opinión y el respaldo de las fuerzas del catalanismo que habían quedado en el interior del país. El tiempo acabó dándole la razón.

Además, envió colaboraciones a distintas revistas catalanas editadas en otros países, como *Ressorgiment* y *Catalunya*, de Buenos Aires; o *Germanor*, de Santiago de Chile; y *Quaderns de l'Exili*, *El Poble Català*, *Lletres* y *Veü Catalana*, publicadas en México por otros colectivos catalanes.

También cabe recordar el papel que Riera Llorca tuvo en la publicación del número 106 de la *Revista de Catalunya*, que se imprimió en México en 1967. Éste fue un número aislado que se llamó de los “Diez años”, porque precisamente se publicaba para recordar que diez años atrás –pese a que, por razones económicas y de financiación, llegó con un año de retraso a la celebración de la efeméride–, había aparecido el último número de esta revista: también un número aislado, preparado en Barcelona e impreso en São Paulo con fecha de diciembre de 1956. El número de los “Diez años” fue preparado en Barcelona por Joaquim Molas, Rafael Tasis y Albert Manent. La impresión se hizo en México bajo la responsabilidad de Vicenç Riera Llorca –cuya hija, Diana Riera, precisamente recogió en Barcelona, de retorno de un viaje por Europa, los originales de manos de Albert Manent–, Manuel Alcàntara Gusart y Ramon Fabregat. La financiación

total de este número –cincuenta mil pesetas del año 1967–, estuvo a cargo del mecenas Dalmau Costa. Riera Llorca publicó en este número el artículo “El problema de l'exiliat català”.

Durante todos los años que Riera Llorca permaneció en el exilio, participó en numerosas actividades culturales y políticas unitarias catalanas. Sólo por citar algunas: fue secretario del Premi Catalònia de novela catalana, convocado el año 1950; secretario de diversas convocatorias del Premi Guimerà, de teatro; participó activamente en la organización de los Jocs Florals de la Llengua Catalana realizados en México en 1942 y 1957; y en la celebración de la Conferència Nacional Catalana, realizada en México del 11 al 13 de septiembre de 1953, con el propósito de “reunir todas las tendencias de la democracia catalana dispuestas a trabajar por el restablecimiento de la libertad en Cataluña”.

Riera Llorca volvió a Cataluña en 1969. Se había marchado en 1939, con 35 años, en la flor de la juventud, y regresó recién jubilado, con 66 años. De retorno a casa, se estableció en Pineda de Mar. La elección de Pineda fue bastante meditada. Riera Llorca quería la tranquilidad que le ofrecía un pueblo un poco alejado de la gran metrópoli barcelonesa para poder trabajar en su proyecto novelístico. De todas maneras, el alejamiento de la capital le privó de un más amplio reconocimiento mediático, del que sí gozaron otros colegas suyos, como Avel·lí Artís-Gener, *Tísner*, y Pere Calders.

Riera Llorca era, en plena madurez, un escritor completamente desconocido por su público, el público lector catalán, y es que Riera Llorca forma parte, junto a Pere Calders, Lluís Ferran de Pol y Avel·lí Artís-Gener, por concomitancias generacionales y vitales –sobre todo el exilio–, del grupo de escritores que Joan Fuster tilda de “novelistas de la diáspora”. Nuestro escritor, que había publicado el año 1946 en la meritoria colección Catalònia, que dirigía en México el comediógrafo Avel·lí Artís Balaguer, la novela emblemática *Tots tres*

*surten per l'Ozama*, no lo pudo hacer en Cataluña hasta el año 1967. Por tanto, Riera Llorca permaneció inédito en su patria durante más de veinte años por culpa de la censura. Hay que recordar que la censura estuvo vigente en España hasta el año 1977. En un *ranking* publicado el año 1997 por el diario *Avui* (9 de febrero) de los escritores catalanes más censurados entre el periodo 1962-1977, Riera Llorca figura, en una clasificación presidida por Manuel de Pedrolo con once obras censuradas, en novena posición, con cinco obras censuradas.

El año siguiente, en 1968, Riera Llorca publica *Roda de malcontents*. Pero el reconocimiento de la crítica lo ganó con la novela *Amb permís de l'enterramorts* (1970), que obtuvo el Premi Prudenci Bertrana 1970 y el Crítica Serra d'Or 1971. *Joc de xocs* (1970), *Fes memòria, Bel* (1972), que ganó el Premi Sant Jordi de 1971, *Oh, mala bèstia!* (1971), *Què vols, Xavier?* (1974), *Canvi de via* (1976), *Plou sobre mullat* (1979), *Torna, Ramon* (1984), así como también la recopilación de narraciones *Això aviat farà figa* (1984), y las novelas *Tira cap on puguis* (1985), *Tornar o no tornar* (1987) y *Estiu a Pineda* (1991) constituyen el resto de la producción novelística que Riera Llorca creó. Estos catorce títulos dibujan todo un retablo de su época que cronológicamente se extiende desde 1931, cuando transcurre la acción novelística de *Canvi de via* y *Torna, Ramon*, hasta 1962, año en que se ambienta *Amb permís de l'enterramorts*.

Esta voluntad de testimonio de una época que caracteriza la particular *comédie humaine* riera-llorquiana era evidentemente premeditada. Como defiende el ensayista valenciano Joan Fuster, Riera Llorca se propone elaborar un documento novelístico, memorialístico en definitiva, casi notarial.

Estilísticamente, Riera Llorca se caracteriza por usar, en palabras del crítico literario Joaquim Molas, las "técnicas de la novela americana de entreguerras: testimonio, fragmentación, falta de verdadero protagonista, simultaneidad e interferencia de las

acciones, objetivismo, etc.” y ha sido calificado de representante de un incipiente movimiento literario de “realismo histórico” de la literatura catalana.

Riera Llorca también publicó un ameno e interesante volumen de memorias sobre la primera parte de su vida, *El meu pas pel temps (1903-1938)* y, en *Nou obstinats* (1971), una serie de retratos literarios de compañeros de generación.

El autor murió poco después de ver publicada su última novela, *Estiu a Pineda* (1991), el 15 de mayo de 1991 en Pineda de Mar, este pueblo costero del Maresme catalán que le había acogido de retorno del exilio.

Poco después de su muerte apareció el *Epistolari Joan Fuster-Vicenç Riera Llorca* (Barcelona: Curial, 1993), que recoge la interesantísima relación epistolar establecida entre estos dos escritores, y que fue premiado con uno de los galardones Crítica Serra d’Or de 1994. Le siguió *Els exiliats catalans a Mèxic* (Barcelona: Curial, 1994), estudio histórico con mucha documentación sobre el exilio mexicano catalán<sup>2</sup> y, aún, *Georgette i altres contes* (Barcelona: Curial, 1995), que reunía todas las narraciones publicadas por Riera Llorca en las revistas del exilio.<sup>3</sup> Finalmente, coincidiendo con el centenario del nacimiento del escritor de *Tots tres surten per l’Ozama*, apareció el volumen *Cròniques americanes* (Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2003), que recoge la producción articulista del escritor en las revistas catalanas del exilio.

Seguramente debe ser en la vertiente articulista de Riera Llorca donde se hace más patente su talante ideológico y vital, que él mismo resume en este fragmento que abre sus memorias, que puede ser considerado una especie de profesión de fe, y que traducimos del original catalán:

No me propongo convencer a nadie de nada, porque nunca he tenido ningún gran celo apostólico. Mi actitud en la vida ha sido siempre más de rechazo de aquello que me contraría que de obligar a los demás a compartir mis ideas o mis gustos. Desde la infancia me siento profundamente nacionalista

2. [Existe en México la traducción de un fragmento de esta obra en *Una voz entre las otras*, op. cit., pp. 143-161.]

3. [Tres de estas narraciones están traducidas al español y publicadas en *Una voz entre las otras*, op. cit., pp. 109-126. Se trata de “Justicia”, “El hombre terrible” y “Una velada”.]

catalán; pero al mismo tiempo, a partir de este nacionalismo, soy internacionalista. He estado y estoy contra gobiernos o regímenes determinados —de una manera decidida contra los regímenes autoritarios, dictatoriales, tanto si se califican de derecha como de izquierda—, pero no contra ningún pueblo. Desde la adolescencia soy socialista y ni algunos principios consagrados que veo anacrónicos ni el oportunismo delusorio que disimula propósitos no confesados, aberrantes, han hecho variar mis posiciones tan lejos de la utopía como del pragmatismo inhumano. Los hechos y los progresos tecnológicos contradicen o van más allá de las doctrinas, que en gran parte quedan en pura filosofía sin conexión con la realidad y las posibilidades.

Riera Llorca fue, también, un defensor insobornable de la lengua catalana. Él, como la mayoría de los exiliados catalanes, partían, por lo que se refiere a su relación con la lengua, de la premisa formulada por Lluís Nicolau d'Olwer, aún vigente hoy día: “Nuestra característica es la lengua, con todo lo que ello conlleva”. La lengua, pues, como eje transversal de unión del país —país de países—, como verdadera columna vertebral del territorio, que une, por encima de todas las diferencias ideológicas legítimas:

Constatamos con satisfacción que por encima de las circunstancias que nos mantienen físicamente alejados los unos de los otros, hay una coincidencia, nuestro amor a la lengua, que nos mantiene cordial y fuertemente unidos en la obra común (*Pont Blau*, 1956).

Incansablemente, Riera Llorca criticó, por ejemplo en la revista *Veu Catalana*, en 1960, la situación de persecución sistemática de la lengua catalana y la prohibición de uso que padecía:

En la situación actual de nuestro país, una de las reivindicaciones básicas que tenemos la obligación de sostener los catalanes es la del uso normal del idioma. Hay otras reivindicaciones a sostener, de carácter político y social, que afectan de una manera más directa e inmediata la vida de los catalanes, en tanto que hombres; pero ninguna es tan importante como la del uso del idioma para el mantenimiento

de nuestras características nacionales. Si abandonáramos el uso del catalán, dejaríamos de ser catalanes en el sentido en que lo somos ahora: ciudadanos de un pueblo con rasgos nacionales propios. Podríamos conseguir un sistema social más justo, un nivel de vida general digno, una gran potencia económica; pero todo eso, si no tuviéramos una lengua propia, nos dejaría confusos entre otros pueblos del mismo estado, de los cuales hoy nos diferenciamos notoriamente. Si nos interesasen sólo los aspectos materiales de la vida, eso tendría poca importancia o no tendría ninguna; pero si queremos seguir siendo un pueblo con fisonomía propia, es necesario que mantengamos el uso de la lengua, que lo reivindicemos en las funciones que le corresponden normalmente: en la enseñanza, en la administración pública, en la justicia, en la prensa y en la radio, en el teatro, en todos los lugares y en todas las ocasiones en que la lengua de un pueblo es usada normalmente en el territorio de este pueblo.

Estas palabras fueron proféticas. La generación a la cual pertenece Riera Llorca estuvo a punto, por culpa de las circunstancias que le tocó vivir, de ser completamente malograda para el país. Como en otras ocasiones, la salvó la voluntad de ser y la fe en la lengua y en Cataluña. A los hombres como Riera Llorca les salvó su obstinación irreductible. Quizá no esté de más recordarlo.